

ciamiento entre los artistas y la Iglesia, desde que las luces de la modernidad llevaron al mundo por el camino del secularismo, por ello busca entrar en diálogo y les propone establecer un pacto que termine con esa situación.

Por otra parte, hacia el final, algunos estudios son bastante concretos y van ilustrados con fotos, como el testimonio prestado por la hija de Borlini, quien realizó un retrato del papa; el dedicado a la tiara del papa, realizado por la escuela Beato Angelico y que estrenó para su coronación; o la entrevista a Pepi Merisio, que le acompañó y sirvió como fotógrafo.

En conjunto, es un libro de gran interés para todos los interesados en las cuestiones de estética teológica, ya que puede verse el

desempeño de una persona singular, que alcanzó el puesto más alto en el seno de la Iglesia, en su realización material, ya que no solo expuso sus opiniones, sino que tuvo ocasión de ejecutar realizaciones concretas, como en la edificación de iglesias en Milán o la creación de una nueva galería en los Museos Vaticanos. Se puede apreciar que desde sus comienzos pastorales se vio animado por su convencimiento de la capacidad evangelizadora de la «via pulchritudinis» y, al mismo tiempo, para que pudiera hacerse, de la necesidad de incorporar a los artistas contemporáneos en la tarea evangelizadora que se reconoce en el arte cuando responde a su auténtica naturaleza.

Román SOL  
Universidad de Navarra

---

## Román GUBERN

### *Un cinéfilo en el Vaticano*

Anagrama, Barcelona 2020, 122 pp.

En 1995, se celebró en todo el mundo el centenario del nacimiento del cine y, en el Vaticano, no se quiso permanecer ajeno a semejante evento. En aquel tiempo dirigía la Filmoteca Vaticana el jesuita Enrique Planas, que había conocido en un congreso cinematográfico en La Habana a Román Gubern y, aprovechando que en 1994 había sido nombrado primer director del naciente Instituto Cervantes en Roma, le propuso formar parte de la comisión que se había creado en el Vaticano para celebrar ese centenario.

Los títulos que avalaban al autor del libro para esa elección son numerosos ya que es un notorio especialista de la historia del cine, de los medios audiovisuales y de la cultura de masas, pues durante años fue

catedrático de comunicación audiovisual de la Facultad de Ciencias de la Comunicación en la Universidad Autónoma de Barcelona, y tiene muchas publicaciones sobre la materia.

En este libro nos cuenta cuál fue su participación en esa comisión, junto a otros temas de interés relacionados. Por ejemplo, nos habla de las primeras filmaciones que se realizaron sobre la vida de Jesús, desde los mismos comienzos del cine, como ya lo hicieron los hermanos Lumière, produciendo en 1898 una serie de trece episodios breves sobre la vida y la pasión de Jesucristo. En particular, sobre estos inicios, destaca que estas versiones del evangelio supusieron un hito en la historia del cine, pues se dio el paso del plano fijo a la narración

a través de una sucesión de planos, ya que en estos casos se contaba con que el público conocía la historia y no se perdería con los saltos temporales y espaciales, ni con las inevitables omisiones del paso de una escena a otra.

También se entretiene en recordar las polémicas que acompañaron a algunas de estas vidas del Señor. Así, la película *Rey de reyes* de Cecil B. DeMille, de 1927, junto a su indiscutible éxito comercial, se encontró con la prohibición de su exhibición en algunas ciudades por presión de organizaciones judías que protestaban porque consideraban que se mostraba al pueblo judío como asesino de Jesús. En cambio, la posterior versión de *Rey de reyes* de Nicholas Ray, de 1961, consiguió satisfacer las expectativas de católicos, protestantes y judíos, ya que la responsabilidad de la muerte del Señor recaía sobre Pilatos y los romanos.

El interés de la Iglesia por exponer su opinión sobre la materia es antiguo, al menos desde 1928 con la creación en La Haya de la Oficina Católica Internacional de Cine, con el fin de premiar las películas ejemplares que se hubieran presentados en los certámenes del género; actualmente, se denomina Organización Internacional Católica de Cine y Audiovisual. Ya que no le falta razón al autor al hacer notar que, en una sociedad cada vez más secularizada, los valores imperantes son los que se transmiten por los medios de comunicación de masas, y con el auge de la cultura audiovisual esto se logra ya sea por medio del cine o de la televisión, y por eso se discute sobre la capacidad crítica del público para asimilar esos mensajes.

En cuanto a su testimonio personal, Gubern nos cuenta que asistió a todas las sesiones de la comisión a las que fue convo-

cado y que dirigía el arzobispo John P. Foley, mientras hubo algunos miembros a los que no llegó siquiera a conocer. Señala que era el único laico, con la secretaria Claudia Di Giovanni, que estaba allí. De sus intervenciones en la comisión, nos indica que le propusieron que redactase un borrador sobre el cine y la universidad, dentro del conjunto de una serie de documentos teóricos que se esperaba que después fueran difundidos por toda la Iglesia, pero que no llegaron a puerto, como tampoco resultó la idea de nombrar un santo patrón para el cine.

Es de notable interés que incluya ese texto que escribió sobre el cine y la universidad, y lo mismo hace con la lista que propuso de películas sobre «valores espirituales» que se querían recomendar. Sobre la lista al final se incluyen las tres que finalmente fueron elegidas y aprobadas conforme a estos indicadores: valores religiosos, valores morales y humanos, y valores artísticos. También ofrece comentarios sobre la cuestión de su conveniencia para todo tipo de públicos, desde la idea inicial de una lista de cine católico y la expresión de «público formado».

Este libro, al tratarse de un testimonio personal, posee un elevado interés sobre los trabajos de esa comisión vaticana y sus resultados, desde la perspectiva de alguien especialista en cine, pero ajeno a una cualquier realidad espiritual, pues durante todas las páginas el autor mantiene en sus opiniones una visión mundana de la Iglesia y su misión, por lo mismo también dice que cuando le invitaron a la comisión sabían perfectamente quién era.

Román SOL  
Universidad de Navarra